



ESTÁTUA DE NAPOLEON.

En los meses de mayo y junio de 1831 se abrió un concurso para la construcción de una estatua de Napoleon que debía colocarse en la estremidad de la columna de la plaza de Vendome.

TOMO III.—9.º Trimestre.

El modelo escogido por la comision nombrada para adjudicar el premio fue el que representa la lámina. Su autor, M. Scurre se habia propuesto reproducir idénticamente el Napoleon popular, tal cual generalmente se

6 de Mayo de 1838.

le conocía, con su aire propio y peculiar, la forma de su sombrero y de todo su traje, y sus gestos y actitudes particulares, de manera que el pueblo que mirase la estatua en lo alto de la columna exclamara involuntariamente: ¡El es!

La columna está fundida con los doscientos cañones cojidos á los ejércitos rusos y austriacos en la campaña de 1805. El bronce empleado en esta columna pesa 1.800,000 libras; y está hecha á imitacion de la célebre columna de Antonino en Roma. Erijida á honor del grande ejército, se planteó el año de 1806, y se concluyó en el de 1810. Su altura es de 118 pies sin el pedestal; su diámetro de 12 pies; y tiene 30 pies de cimiento. Asienta sobre el mismo que se hizo para la estatua equestre de Luis XIV, á la que reemplaza.

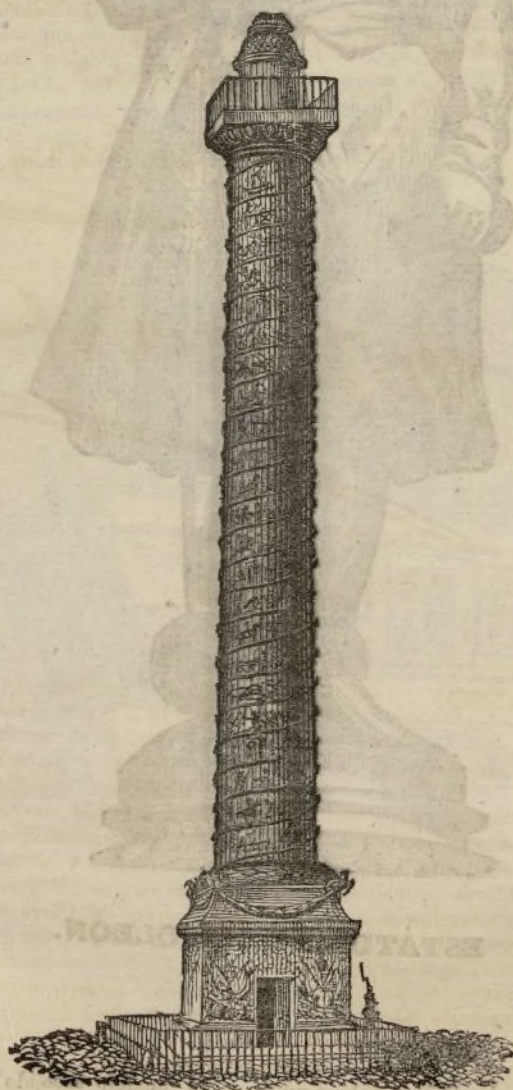
La elevacion del pedestal de la columna es de 12 pies y medio. Las cuatro caras ó fachadas de este representan en bajos relieves varios trofeos de armas, compuestos de cañones, morteros, obuses, balas, carabinas, timbales, banderas, cascos y arreos militares. En una especie de ático sobre el pedestal hay guirnalda de encima sostenidas en los cuatro ángulos por otras tantas águilas de bronce, cada una de las cuales pesa 500 libras.

La caña de la columna se mira cubierta de una série de bajos relieves de bronce, dispuestos en espiral, que representan los principales pasages de la campaña de 1805, desde la salida de las tropas del campo de Bolonia, hasta la conclusion de la paz despues de la batalla de Austerlitz.

Las fajas de bronce en qué están representados estos pasajes en bajo relieve, tienen 3 pies y 8 pulgadas de alto, y los divide entre sí un cordon, en que está designada la accion de encima.

Se ha abierto en lo interior de la columna una escalera de caracol, compuesta de 176 escalones, por la cual se sube á la galeria del capitel de la columna. Sobre este capitel se eleva una especie de torrecilla ó linterna que termina en una media naranja. Sobre la parte de la torrecilla que da á las Tullerías se lee la inscripcion siguiente:

Monumento erijido á la gloria del gran ejército, empezado el día 25 de agosto de 1806, y concluido el 15 de agosto de 1810, bajo la direccion de M. Denon, director general, M. G. B. Lépere, y M. Gondouin, arquitectos.



(Columna de la Plaza Vendome.)

Sobre la media naranja estaba colocada la estatua anti-gua de Bonaparte, construida por Chaudet, escultor de

Napoleon: tenia diez pies de altura, y pesaba 5112 libras. Representaba á Bonaparte en traje de emperador

romano, con manto y corona de laurel. Solo permaneció cinco años en su lugar, pues los aliados y los realistas la hicieron quitar, y despues se fundió. En la nueva estatua, como queda dicho, ha reproducido M. Scurre todo el exterior de Bonaparte con la mas detenida y escrupulosa verdad histórica.

El general Bertrand le exhibió al efecto todo el guardaropa del emperador, y puede echarse muy bien de ver en la estatua su sombrero, el frac militar, las charreteras, la levita de vueltas, las botas de montar, las espuelas de oro, y aun el antejo de larga vista, cual le llevaba el día mismo de la batalla de Austerlitz. M. Scurre ha podido copiar tambien con toda exactitud

la espada que llevaba ceñida Bonaparte en aquella memorable jornada; y si llegase á perderse la espada de Austerlitz seguramente se la encontraria en bronce á la estremidad de la columna.

Esta nueva estatua tiene 12 pies de altura; la antigua que no tenia mas que 10, parecia pequeña: M. Scurre obtuvo del ministerio de guerra diez y seis cañones, que estaban en el arsenal de Metz, y habian sido como el bronce de la columna, cojidos á los rusos y austriacos en la campaña de 1805. Estos diez y seis cañones son el material de la estatua que fue fundida en una sola pieza, por M. Crozatier.

FAC SÍMILE DE LA LETRA Y FIRMA DE NAPOLEON.

*Jeun en mon testament
eunt tout entier de
ma propre main*

Napoleon

Escrupulosa

TORQUATO TASSO.

(Conclusion. Véase el núm. anterior.)

El desafío del Tasso y el rumor que cundió de que se imprimía su poema antes que hubiese concluido las correcciones que estaba haciendo, redoblaron su melancolía. Juntáronse á esto varios temores que le asaltaron respecto á la orthogdia de sus ideas religiosas, sobre lo que fue á consultar al inquisidor de Bolonia, que en vano se esforzó en tranquilizarle sobre este punto.

El 17 de junio de 1577 estando por la noche en la habitacion de la duquesa de Urbino, sacó su cuchillo para herir á uno de los criados de quien habia concebido sospechas, en vista de lo cual mandó el duque que se apoderaran de él y le encerrasen en las piezas que rodeaban el patio de palacio. Mas en adelante se resolvió el duque á enviarle á Ferrara, y se le condujo, segun lo

deseaba, al convento de religiosos franciscos. El Tasso empezó allí á dejarse cuidar por los médicos, pero contra su gusto, pues por una parte no se creía en estado de necesitarlos, y por otra temia que le echasen veneno en las medicinas. Descontento el duque de algunas cartas que le escribió, le prohibió rigurosamente que continuara su correspondencia, lo que aumentó en el pobre poeta los rezelos y terrores; aprovechóse en fin de un momento en que le dejaron solo, y salió del convento, y muy pronto de Ferrara, emprendiendo su camino de noche, sin dinero, sin guia y casi desnudo.

Llegó á Sorrento á casa de su hermana mayor Cornelia, donde recobró alguna tranquilidad, bajo un cielo puro y á la vista de una naturaleza majestuosa, cual es la que se registra en aquella posicion de las mas hermosas de la tierra. Pero pronto volvió á su melancolía é inquietud; dejó á Sorrento, pasó á Roma, y despues á Ferrara, reclamando en la corte sus papeles, manuscritos y libros, que se le negaron. Fue á Padua y á Venecia sin poder fijarse en parte alguna, y llegó á la corte de

Urbino, donde fue mas dichoso, y se le recibió como merecía.

El Tasso abandonó tambien á Urbino, impelido de sus sospechas, vivió en Turin, y obtuvo despues á fuerza de súplicas volver á la corte de Ferrara; mas apenas habia llegado, cuando descontento del recibimiento que se le habia hecho, se desató en injurias contra el duque Alfonso y toda la corte; lo que dió motivo á que noticioso el príncipe de aquel arrebato, tuviera la crueldad de mandar que se le llevase al hospital de Santa Ana, que era una casa de locos, donde fue puesto bajo buena guardia y vigilado como un frenético y furioso. Le encerraron en marzo de 1579.

El poeta estuvo por muchos dias en un estado de aturdimiento y estupor, y los males físicos se unieron en él á los males morales, apoderándosele una especie de envilecimiento que jamás habia experimentado. La suciedad de su barba, cabello y vestidos y del sitio estrecho en que se le tenia; la soledad, á la que siempre habia tenido aversion; los malos tratamientos que le prodigaban los subalternos, con una dureza de que les daba ejemplo el prior del hospital Agostino Mosti, le pusieron en un estado que asustaba y enternecía.

Mucho ha ocupado á los críticos y comentadores el motivo de esta reclusion y del delirio del Tasso, atribuyéndole á una desgraciada pasion. Tres mujeres se ha creido que le inspiraron un amor violento: Leonor de Este, Lucrecia de Este, y Leonor Santivali, condesa de Scandiano; pero ¿cuál fue la que el poeta cantó en sus versos? Los biógrafos contemporáneos opinan que Leonor de Este, hermana del duque de Ferrara.

Una nueva desgracia sobrevino á aumentar los tormentos que le rodeaban. Catorce cantos de la *Jerusalén* se imprimieron por primera vez en Venecia el año de 1580 llenos de incorrecciones, de crasos errores y de vacíos, por una copia muy imperfecta que poseía el gran duque de Toscana. Siguiéron á esta otras seis ediciones en el mismo año y en diferentes ciudades de Italia; hasta que por los desvelos de un amigo consiguió el Tasso publicar una edicion exacta y conforme al original.

En medio de su gloria y entre el ruido de los aplausos que por todas partes resonaban; cuando los editores é impresores se enriquecian con el fruto de sus vigilias, desfallecia el desdichado Tasso en dura cautividad, olvidado, despreciado, enfermo y privado de las cosas mas necesarias para la vida. Lo que mas le mortificaba en su prision era el verse sin cesar perturbado en sus estudios por los gritos desaforados que resonaban en el hospital, «y por estrépitos capaces, como lo dice en una de sus cartas, de quitar el sentido y la razon á los hombres mas prudentes.» Montaigne, que le vió al pasar á Ferrara, dice en sus *Ensayos*: «Aun fue mayor mi enojo que mi compasion cuando le ví en Ferrara en tan deplorable estado, sobreviviendo á sí mismo, y sin conocerse ni á sí ni á sus obras, las cuales sin su sello, y fuera de su vista, se han dado á luz incorrectas é informes.»

En fin, á fuerza de las vivas instancias de los zelosos defensores del Tasso, el duque Alfonso se dejó aplacar, y se restituyó la libertad al poeta. Salió de Santa Ana el 5 ó 6 de agosto de 1586, despues de siete años, dos meses y algunos dias del mas cruel cautiverio.

El Tasso se retiró á Mantua á lado del duque Guillermo. Trabajando con la mayor actividad en sus tareas literarias, su correspondencia y en un nuevo poema, la *Jerusalén conquistada*, se entregaba al mismo tiempo á los ejercicios de piedad, al estudio de la teología, á la lectura de los Padres y particularmente de San Agustín. Hizo diócesis viages á Roma, Florencia y Nápoles; y hacia por algunos meses que estaba en esta última ciudad,

cuando el cardenal Cinthio se propuso atraerle á Roma, haciendo que se renovára en favor suyo la ceremonia del triunfo en el capitolio, que no se habia vuelto á ver desde el tiempo del Petrarca. Tasso, aunque poco conmovido de aquel honor hácia su persona, volvió á Roma y fue recibido con muchos obsequios; pero estaba ya sin fuerzas y aun sin esperanzas, pareciendo que la naturaleza iba decayendo en él conforme su suerte se suavizaba. En el mes de abril de 1595, época fijada para su coronacion, se sintió extraordinariamente debilitado. No queriendo ya ocuparse sino en su fin próximo, pidió permiso para retirarse al convento de San Onofre. Sintiéndose á los pocos dias aun mas débil, conoció que era tiempo de despedirse del amigo que se le habia mostrado mas fiel, y escribió á Constantini la tierna carta siguiente:

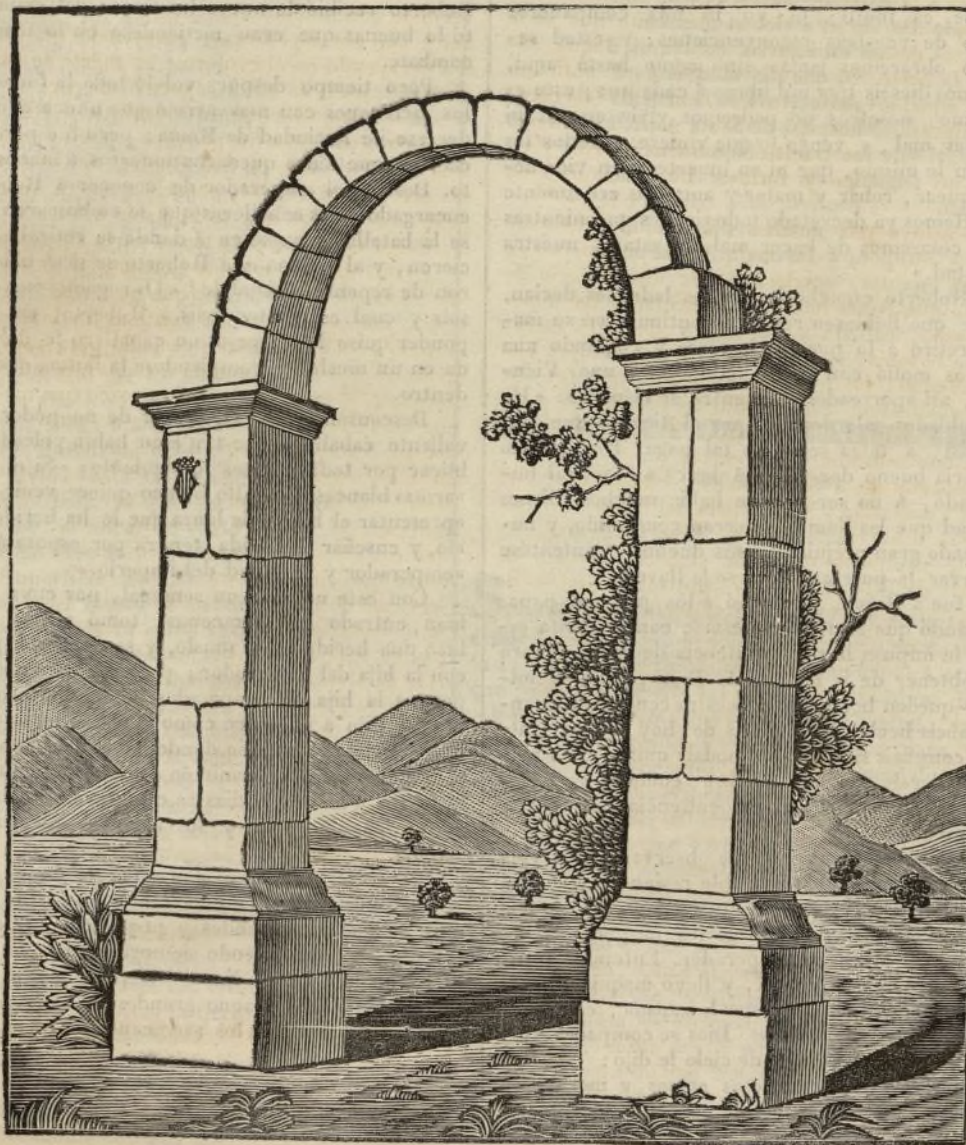
«¿Qué dirá mi querido Constantini al saber la muerte de su amado Tasso? Creo que no tardará en recibir esta triste nueva, porque me siento al fin de mi vida, no habiendo podido encontrar remedio para esta fatal indisposicion que se ha juntado á todas mis enfermedades habituales, y que claramente conozco que me arrastra como un torrente rápido, al que no puedo oponer resistencia. Ya no es tiempo de hablar de la obstinacion de mi mala suerte, por no decir de la ingratitud de los hombres, que ha querido en fin tener el triunfo de llevarme indignente al sepulcro en el momento en que esperaba que esa gloria, que nuestro siglo, á despecho de los que no lo quisieran, sacará de mis escritos, no dejaría de servirme de recompensa. He hecho que me traigan á este monasterio de San Onofre, así porque los médicos juzgan su temperatura por mejor que la de los demas barrios de Roma, como por empezar en cierto modo desde este sitio elevado y con el trato de estos santos religiosos mis conversaciones con el cielo. Pedid á Dios por mí, y estad seguro que así como os he amado y respetado en esta vida, haré tambien por vos en la otra, que es la verdadera, cuanto es propio de una sincera caridad. Os encomiendo á la gracia divina, y me encomiendo á mí mismo. Fecha en San Onofre de Roma.—TORQUATO TASSO.

ARCO ROMANO DE CABANES.

Cerca de la villa de Cabanes, en el reino de Valencia caminando al norte se ve el arco romano que ha dado nombre á la llanura. Pocos monumentos de aquel tiempo se conservan enteros, pero este despues de haber resistido veinte siglos se halla en estado de durar muchos mas: no tiene inscripcion alguna, ni mas divisa que las armas de Aragon, obra de algun ignorante moderno. Debióse erigir para perpetuar la memoria de algun suceso importante que ignoramos; y esto que parece debia imponer silencio á los autores, dió ocasion á conjeturas y aplicaciones arbitrarias y despreciables, como partos de la fantasía. Todo es de mármol pardo muy duro, y los sillares de que se compone se mantienen perfectamente unidos sin quedar vestigios de mortero. Su altura es de treinta palmos, y el ancho diez y ocho, sin contar el grueso de las pilastras. Apoya sobre cimientos que apenas se descubren, prueba de que el suelo se ha mantenido sin aumento ni disminucion en veinte siglos. Desde el suelo hasta el arranque del arco hay poco mas de diez y nueve palmos: forma este un semicírculo compuesto de catorce dobelas de dos palmos

de alto, cuatro de largo, con latitud correspondiente para formar la curva. Los lados de las pilastras son desiguales, teniendo cuatro palmos en lo interior del arco, y cinco en los que miran al norte y mediodía: los

basamentos é impostas tienen en cada lado un palmo mas que las pilastras, y el adorno de una moldura como se ve en la lámina adjunta.



(Arco romano de Cabanes.)

ROBERTO EL DIABLO.

(Conclusion. Véase el núm. anterior.)

El primer acto de penitencia y de arrepentimiento que hizo Roberto se resintió mucho de sus antiguos hábitos. Determinó convertir á sus compañeros en los delitos, y fue á verse con ellos cuando estaban comiendo. «Vamos, amigos míos, les dijo, escuchadme por amor de Dios lo que voy á advertiros. No ignorais la detestable vida que llevamos por tanto tiempo, y que tan peligrosa es para nuestros cuerpos como para nuestras almas: sabeis cuantas iglesias hemos saqueado y destruido,

á cuantos buenos comerciantes muerto y robado, y á cuantas otras personas de bien, cuyo número es infinito, hemos echado á la sepultura; por todo lo cual estamos á peligro de condenarnos, si Dios no tiene misericordia de nosotros. Os pido, pues, queráis dejar tan peligroso y expuesto modo de vivir, y que en adelante os ocupéis en hacer penitencia de todos los pecados que habeis cometido. En cuanto á mí, estoy resuelto á ir á Roma á hacer una confesion general de mis culpas, pedir perdón á Dios, y cumplir la penitencia que se me imponga.»

Entonces se levantó uno de los ladrones como un insensato, diciendo con ironía á sus camaradas: «Oid al raposo que quiere ser ermitaño. Roberto se burla de nosotros, es nuestro gefe, el que ha obrado peor que to-

dos y nos ha señalado la senda que seguimos.—«Amigo mio, le dijo Roberto, te pido que no pienses mas en tal cosa: pide perdón á Dios que tendrá misericordia de tí mediante la penitencia.»—Cuando hubo hablado así, dijo uno de los ladrones:—«Monseñor, dejad vuestro discurso porque es inútil: ni yo ni mis compañeros haremos caso de vuestras reconvenções, y estad seguro que no obraremos jamás sino como hasta aquí, aun cuando nos dieseis tres mil libras á cada uno; este es nuestro destino, nosotros no podremos vivir en paz ni dejar de hacer mal, y venga lo que viniere.» Todos los demas dijeron lo mismo, que ni en muerte ni en vida dejarían de saquear, robar y matar y aun mas cruelmente que antes. «Hemos ya decretado todos juntos que mientras vivamos no cesaremos de hacer mal, y esta es nuestra última voluntad.»

Cuando Roberto escuchó lo que los ladrones decían, se indignó de que hubiesen resuelto continuar en su mala vida. Se retiró á la puerta, la cerró y cogiendo una gran maza los molió con ella á todos uno á uno. Viéndolos, pues, así aporreados, dijo entre sí riéndose: «He aquí á mis soldados galardonados por el tiempo que han servido, y así, á tales servicios tal paga. Hecho esto pensó que sería bueno dar fuego á la casa, lo cual hubiera ejecutado, á no ser porque habia muchos bienes en la vecindad que las llamas hubieran consumido, y hubiera ocasionado gran perjuicio á sus dueños. Contentóse pues con cerrar la puerta y llevarse la llave.

Roberto fue á Roma, y se echó á los pies del papa, el cual le mandó que fuera á confesarse con un Santo ermitaño, que le impuso la rara penitencia siguiente: «Para que podais obtener de la bondad de Dios perdón y misericordia, y queden borrados de vuestra conciencia cuantos males habeis hecho, os finjireis de hoy en adelante loco, y no comereis sino lo que podais quitar á los perros, y no hablareis una sola palabra, como si verdaderamente fueseis mudo: esta es la penitencia que Dios os impone por mi boca.»

Roberto, obedeció puntualmente observando una vida tan dura por siete años con admirable resignación, sobrelevando la miseria y el oprobio, cuando un día vió formarse gente armada repitiendo gritos de guerra. Los sarracenos iban á atacar al emperador. Entonces sintió Roberto que el corazón le latía, y llevó maquinalmente la mano al lado donde solía tener la espada, corriendo muchas lágrimas por sus mejillas. Dios se compadeció del valiente caballero, y una voz de cielo le dijo:

«Dios te ordena que tomes esas armas y montes en ese caballo que se te envía, y que corras á socorrer al emperador.»

Roberto que no quiso contradecir al mandato divino, tomó las armas y montó á caballo. La hija del emperador estaba asomada á la ventana, de donde se veía la fuente junto á la cual estaba Roberto armado y bien montado, y aunque hubiera deseado hablar con él, era muda. Roberto corrió inmediatamente al palacio del emperador sitiado por los sarracenos, y empezó á sacudir tajos á diestra y siniestra con tal ímpetu, que no se veía sino caer brazos, piernas y cabezas, y hombres atropellados por los caballos, no dando golpe que no costase la vida á un sarraceno, y haciendo tanto con su valor y destreza, que derrotó y puso en fuga á los enemigos dando la victoria al emperador.

Después volvió Roberto al sitio donde habia oído la voz misteriosa y dejó sus armas, que desaparecieron al instante, y se puso á dar gracias á Dios.

El emperador preguntó á todos los caballeros si conocían al valeroso que le habia tanto auxiliado, y todos guardaron silencio. Solo la hija del emperador, muda

como queda dicho, dió á entender por señas que era Roberto; pero el padre creyó que el miedo del enemigo habia perturbado la razón de su hija y se aflijó en extremo.

A los pocos dias atacaron otra vez los sarracenos: Roberto recibió de nuevo las armas del cielo, y acreditó lo buenas que eran metiéndose en lo mas reñido del combate.

Poco tiempo después volvió toda la fuerza entera de los sarracenos con mas arrojo que nunca á querer apoderarse de la ciudad de Roma; pero fue para su desgracia, porque todos quedaron muertos á manos de Roberto. Deseoso el emperador de conocer á Roberto, habia encargado á sus caballeros que se emboscaran al concluirse la batalla, y supiesen á donde se retiraba. Así lo hicieron, y al tiempo que Roberto se marchaba le rodearon de repente diciéndole: «Os rogamos nos digais quien sois y cual es vuestro pais.» Roberto, en vez de responder quiso huir; pero un caballero le dió una lanza en un muslo, y rompiéndose la lanza, quedó el hierro dentro.

Desconsolado el emperador de no poder conocer al valiente caballero que tan bien habia peleado, hizo publicar por todas partes lo siguiente: «Si el caballero de armas blancas y caballo blanco quiere venir á la corte y presentar el hierro de lanza que le ha herido en el muslo, y enseñar su herida, tendrá por esposa á la hija del emperador y la mitad del imperio.»

Con esta noticia, un senescal, por cuya traición habian entrado los sarracenos, tomó armas blancas, se hizo una herida en el muslo, y se presentó para casarse con la hija del emperador; pero se descubrió su maldad, porque la hija del emperador recobró el uso de la palabra, y dijo á su padre como Roberto habia recibido armas del cielo, y el sitio donde habia ocultado el hierro de la lanza. En fin el ermitaño levantó la penitencia á Roberto, y á los pocos dias se celebraron las bodas con la mayor magnificencia, y los esposos salieron para Normandía.

La crónica concluye con estas palabras:

«Roberto vivió larga y santamente con su esposa, y muy estimado de grandes y pequeños, haciendo justicia á todos, y manteniendo siempre la paz en su ducado. Tuvo un hijo que se llamó Ricardo, el cual hizo con el emperador Carlo Magno grandes proezas para sostener la fé cristiana contra los sarracenos.»

LA ANDALUZA.

Ah! bendito el garvo sea
Que al nacer te dió el Señor;
No hay ninguno que te vea
Que no sienta del amor
En su pecho arder la tea.

Mas vale, gachona mía,
Esa tez, que algo trigueña
Puso el sol de Andalucía,
Que la púrpura risueña
Del mas espléndido día.

¿A quién no hechiza ese talle,
Cuya saya con ombreras
Te se mece por la calle
Al vaiven de tus caderas,
Como la palma en el valle?

Y á fé que el audaz cendal,

Como adrede, nos descubre
 Una pierna celestial
 Y el pie mas mono, á quien cubre
 Un zapato sin igual.
 ¿Pueden compararse, acaso,
 Contigo, luz de mi vida,
 El desgarro y torpe paso
 De tanta dama embutida
 En sayones de oro y raso?
 Envidia dan tus cabellos,
 Y esos arabescos ojos
 Que del sol lanzan destellos,
 Y aun amenazando enojos
 Me parecen siempre bellos.
 Y esa mantilla terciada
 Con tantísimo salero,
 ¿Puede compararse en nada
 Con el prosaico sombrero
 De una extranjera embobada?
 ¿Quién al ver los alamares
 De tu elástico jubon,
 Donde lucen á millares
 Tanto esmaltado boton,
 No olvida hasta sus pesares?
 Y tu baile ¿á quién no encanta?
 Parece, al mirar tu vuelo,
 Que no bien toca tu planta
 La superficie del suelo,
 Cuando el viento te levanta.
 ¿Y cuando tu mano agita
 Las ruidosas castañuelas;
 Cuando con gracia infinita
 Ora trenzas, ora vueltas,
 Quien no te llama «bendita?»
 Ya en el ombro la cabeza
 Inclinas con embeleso,
 Cual si llena de terneza
 Me ofrecieses dulce beso
 En premio de mi firmeza.
 Ya el cuerpo entre baile meces
 Cual junco que dobla el viento;
 Y ora enojarte pareces;
 Ora llena de contento
 Tus tiernos brazos me ofreces.
 De pronto bates la tierra,
 Y con dulce contoneo
 Como á quien nada le aterra,
 Tu actitud provocar veo
 A la mas sabrosa guerra.
 Formando círculos mil
 De pronto giras fugaz,
 Como vuela en el pensil
 La mariposilla audaz
 Al dulce soplo de Abril.
 ¡Ay que saltos! ay que accion!
 ¡Qué magia tan hechicera!
 ¡Qué soltura! ¡qué expresion!
 ¿Y á ese baile hay quien prefiera
 El imbécil rigodon?
 Y aquel arrastrar de pies
 Tan humilde y cortesano;
 Y aquel andar de traves
 Sin darse apenas la mano
 Por si es de tono, ó no es?
 No es menos mi admiracion
 Si me tañes la vihuela,
 Y acompañas con su son
 Tan chistosa cantinela
 Que trastorna la razon.

O si de pronto, bizarra,
 En medio de tus cantares,
 Abandonas la guitarra,
 Y nos cantas las mollaras
 Los brazos puestos en jarra.
 Siempre hermosa te me ofreces;
 Siempre hechicera sin fin;
 Y entre todas te mereces
 La palma de un serafin,
 Porque un serafin pareces.
 Loco ensalce el extranjero
 Sus beldades, no me opongo;
 Yo á todas ellas prefiero
 Un lazo de ese zorongo
 Tan salado y retrechero.

F. C.

LA GRUTA DE CACAHUAMILPA,

EN MÉJICO.

1838.

Si es difícil pintar las obras maestras del arte, y describir las varias impresiones que causan en nuestra alma, lo es mucho mas sin duda hacer partícipes á otros de las que producen en ella las sorprendentes obras de la naturaleza. El arte tiene sus reglas y sus límites; se encuentran siempre términos de comparacion para valuar el mérito de los artefactos, aunque sea mas difícil, á medida que las proporciones se aumentan; pero no sucede así en las bellezas naturales; y desde el mas elevado sabino de Chapultepec hasta la orgullosa cima de Popocatepetl, hay una diferencia en altura y una desproporcion tan estraña que la imaginacion mas viva apenas puede valorizarla. De aqui procede la dificultad que hay de pintar lo sublime en las producciones de la naturaleza. Tímida la pluma, no se atreve á espresar todo lo grandioso del pensamiento, y el recelo de no incurrir en exageracion, debilita las espresiones, anonada las ideas, y solo por medio de la poesía puede facilitar alguna vez ciertos rasgos para un mal trazado bosquejo, aunque sin usar de la licencia permitida en un poema. He aqui la marcha que hemos adoptado en la sencilla relacion de la prodigiosa caverna de *Cacahuamilpa*, que no debe tener otro interés que el de las narraciones en que compiten la mas severa fidelidad con la mas rigurosa exactitud.

Olvidada sino desconocida hasta abril de 1835 esta cueva extraordinaria, habia sido inaccesible á otras personas que á los indígenas de sus cercanias, á quienes retiraba de ella la supersticiosa persuasion de ser la morada de un espíritu maligno bajo la figura de un chiyo. Es de creer que en una época mas remota haya servido esta caverna al culto de los antiguos megicanos; y las ruinas de un edificio á manera de altar que se conservan en la cima de una montaña al frente de su entrada, favorecen esta opinion. Aun se distingue una pirámide truncada con todas las apariencias de un *Teocali*, acaso consagrado al espíritu que habitaba el interior de las montañas, y su construccion no parecerá estraña á la cueva, si se reflexiona que el culto de los lugares subterráneos era muy antiguo en los habitantes del pais, puesto que la historia de los Tultecas coloca su origen en un lugar llamado las siete cuevas.

Al sur de la capital de Méjico, en el departamento de este nombre, se halla el distrito de Tasco, cuya municipalidad compuesta de diez y siete mil almas, comprende diez y siete poblaciones, una de las cuales es el pequeño pueblo de Cacahuamilpa, célebre ya ha causa de su magnífica gruta. En sus inmediaciones se eleva una cadena de montañas, cuya base á la altura de 2100 varas sobre el nivel del mar, disfruta su temperatura media entre 20 y 24 grados del termómetro centígrado, y cuyas formaciones son de rocas con criaderos metálicos en algunas partes; la primera y más antigua es de vacia gris, y la segunda caliza de transicion sobrepuesta á la vacia. Su suelo es muy desigual, pedregoso y estéril; pero este triste cuadro se vivifica un poco por un arroyuelo cuyas márgenes sombrean algunos árboles, aunque muy pronto, precipitándose de cascada en cascada, se despeña en un inmenso abismo, y sus aguas de blanca espuma toman poco á poco una corriente menos bulliciosa é inquieta al pie de la montaña, introduciéndose por una pequeña llanura en medio de los muros de rocas, cuyos respaldos presentan una vegetacion vigorosa, formando variedades que contrastan admirablemente con la aridez de las cumbres. El fresco vapor del fondo de las aguas en un clima tan cálido parece que fecunda hasta

las piedras, del seno de las cuales se desprende un arbusto ó un nopal, suavemente encorbado hácia la caja de agua que forma el arroyo desde sus mas elevados diques naturales. La altura de estos va disminuyendo á proporcion que las márgenes son mas altas, permitiendo bien pronto el paso al lado opuesto, aunque no sin algun riesgo. Muy luego se percibe desde un punto elevado una grande oquedad en la parte mas baja de la montaña, cuyas enormes dimensiones se aumentan extraordinariamente á medida de su cercania. La altura de la boca de la caverna no baja de 28 varas sobre 50 de ancho; enormes rocas forman el arco de esta soberbia portada, colocadas naturalmente del modo que la arquitectura mas adelantada dispone el ajuste de las piedras para formar un centro; es decir, que cambian respectivamente de posiciones desde la horizontal hasta la vertical. Al uno y otro lado de esta vasta abertura parece que la naturaleza dispuso con capas paralelas á aquella inmensa bóveda las curvas mas regulares que podrian imaginarse para sostener la ponderosa masa de la montaña que gravita sobre ella; pero la ansiosa curiosidad de penetrar á lo interior de este palacio de la naturaleza, no permite á la verdad detenerse mas tiempo en la portada.



(La Gruta de Cacahuamilpa.)

Una pendiente rápida aunque suave aleja de la montaña al viajero impaciente hasta una profundidad de mas de 30 varas, no obstante estar sembrada de grandes trozos de roca, de estalactita, informes, y de otros impedimentos que deberian detener sus pasos; y casi instantáneamente se ve rodeado de las obscuras sombras de la noche, que en vano quiere desvanecer la débil luz de las hachas. Las bugias encendidas con anticipacion luchan inútilmente por remedar la claridad del dia que ha desaparecido de un golpe, y que involuntariamente se busca volviendo el rostro á la entrada de la gruta; la que apenas percibe por un destello tal como el que aparece al través de una montaña á los primeros rayos de la aurora. Lastimada la vista con tan repentina mutacion, hace vacilar al mas atrevido y resuelto; sin embargo, avanza, cierra los ojos por un momento, como para olvidar las impresiones de la claridad del sol, y habituarse á la que débilmente esparcen las luces artificiales; y al abrirlos, como en premio de su resolucion, disfruta el sorprendente placer de una espaciosa vista que se alarga como por encanto, en un grandioso salon, cuyas proporciones

no puede conocer de pronto; pero que medido despues encuentra ser un óvalo casi regular de mas de 60 varas de largo, 54 de ancho y cerca de otras tantas de altura.

La admiracion se aumenta por grados cuando fatigada la vista de la inmensidad en que se pierde, se fija á analizar multitud de objetos que á porfia parece la reclaman de preferencia. Si se elevan los ojos hácia la bóveda quedan deslumbrados con una infinidad de brillantes cristalizaciones estalactitas que descienden en ondulados cortinajes, haciendo un bello contraste con la tinta sombría de las rocas. Al observar el pavimento se presentan en un gracioso desorden blancas estalacmitas de diversas alturas y modificaciones que campean sobre un fondo oscuro, resultando de la prolongacion del subterráneo y de sus estrañas formas una fuente perenne de ilusiones que apenas se desvanecen al acercarse á las unas, cuando se forman otras y otras á cada paso por su semejanza con objetos que identifica la imaginacion, que varian las diversas sombras y que se modifican por la mayor ó menor inmediacion de las luces ambulantes.

(Se concluirá.)

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.